

autores y sin duda aportan ideas para conseguirlo, pues lo hacen con los pies en el suelo, desde un gran conocimiento de la realidad educativa, pero también dando consistencia a sus razonamientos, es decir, desde un buen conocimiento del mundo intelectual y cultural en el que nos movemos.

Jaime Pujol

Fidel GONZÁLEZ, *Los movimientos en la historia de la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1999, 254 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-511-7.

El autor es Profesor de Historia de la Iglesia en la Pontificia Universidad Urbana y en la Gregoriana, y es colaborador en tareas de los organismos vaticanos.

El libro que presentamos es una buena síntesis de la historia de los «movimientos». Pero hay que tener en cuenta qué se entiende en el libro por «movimiento». Si en la Iglesia hay una *estructura* sacramental y ministerial establecida por Cristo, hay también necesariamente una *vida* que el Espíritu Santo infunde constantemente a la Iglesia y los cristianos (por utilizar un binomio querido del P. Congar, fundamentalmente válido pero que habría que completar). Pues bien, se entiende por «movimiento» toda realidad cristiana, con una mayor o menor institucionalización, provocada en la historia por el Espíritu Santo (la *vida*) y distinta, por su origen y naturaleza, de la dimensión sacramental y ministerial-jerárquica (la *estructura*). En este sentido, el libro responde a su título: hace un recorrido desde las primeras formas de vida cristiana que, de alguna manera, suponen una revitalización y aspiración a la fuente genuina del Evangelio y la «vida apostólica». Desde el monacato y eremi-

tismo, pasando por las órdenes mendicantes, hasta las formas modernas de vida religiosa o de consagración en el mundo, para desembocar en los movimientos eclesiales del s. XX y en la actualidad.

Este recorrido se completa con unos Apéndices documentales, con textos de Juan Pablo II sobre los movimientos e información sobre cada uno de los que se hallaron presentes en en la Plaza de San Pedro el 30 de mayo de 1998 con motivo de la convocatoria realizada por Juan Pablo II a los Movimientos eclesiales.

El recorrido histórico es verdaderamente interesante, y constituye una síntesis difícil de lograr en las relativas pocas páginas de este libro. El lector las leerá con agrado y provecho, ya que se nota la pluma experta de un buen conocedor de la historia de la Iglesia, sin erudición sobrecargante e innecesaria, pero alcanzando los núcleos más interesantes de los «movimientos» del Espíritu en cada época.

Con todo, si alguna cosa hubiera que decir sobre este valioso libro, no se refiere tanto a la calidad evidente del trabajo, sino al concepto mismo de «movimiento» que se utiliza. Sin duda, lleva razón el autor cuando atribuye al Espíritu Santo todo impulso y novedad que acontece en el vivir histórico de la Iglesia. Que todas esas formas de acción del Espíritu dan lugar a «movimientos» en un sentido amplio y abarcante, tampoco plantea especial problema. Queda la duda de si esta noción es lo suficientemente concreta para significar un *tipo* de «impulsos» más o menos institucionalizados del Espíritu: si «movimiento» sirve para englobar desde el monacato benedictino, pasando por los discípulos de Santo Domingo o San Ignacio, hasta llegar a los Cursillos de Cristiandad, entonces no sé si será un concepto que eclesiológicamente tenga una valencia operativa para responder a

la sencilla pregunta «qué es un movimiento» en el sentido de los convocados en la Plaza de San Pedro aquel 30 de mayo (ciertamente no se convocaba a los religiosos o a los canónigos regulares en cuanto tales). Hay un trasfondo de carácter «laical» en los «movimientos actuales» que no aparece evidenciado en las reflexiones del libro, por lo que quizá se difumina la diversidad de vocaciones en aras de la necesaria y obvia afirmación común bautismal.

Por esta razón, el libro es un buen acopio de material para realizar, a partir de él, un análisis estrictamente teológico de aquello que ha «movido» en la Iglesia el Espíritu Santo, diferenciando situaciones, vocaciones, misiones... Todo es «movimiento», pero son diferenciadas las consecuencias y estatutos eclesiológicos e institucional-jurídicos de la acción del Espíritu Santo en la historia. En este sentido, nos parece que los «movimientos» (ahora en el sentido concreto que suele utilizarse hoy) van por otra pista diversa de la que ha recorrido la vida consagrada en todas sus ricas formas. En todo caso, tenemos aquí una *quaestio* a la que el libro aporta una información de gran valor.

José R. Villar

Pierre-Marie DELFIEUX et alia, *Nuestras madres en la fe*, Narcea, Madrid 1998, 170 pp., 13,5 x 21.

Nos encontramos ante un bello libro que recoge las reflexiones de doce religiosas y tres religiosos de las «Fraternités Monastiques de Jérusalem», fundadas en 1976 por el hermano Pierre Marie Delfieux, el autor del libro, y que son comunidades que viven la oración en medio de la ciudad, simultaneando el trabajo con una vida de silencio orante.

En lugar de hablar de los padres en la fe, el libro se centra en lo que, de forma audaz, llaman «madres en la fe»; es decir, sobre las mujeres que aparecen en las páginas de la Biblia, desde Eva hasta María, que nos han precedido en nuestra fe y son para nosotros modelo y estímulo. Hemos dicho que nos encontramos ante reflexiones porque cada uno de los quince capítulos constituyen un análisis personal, más o menos profundo y agudo, así como una exégesis meditada dentro del texto y del contexto de la Biblia sobre los distintos temas abordados. Se advierte que está realizada por personas que viven en la tierra donde sucedieron o se escribieron estos hechos, pues se siente una gran cercanía de los personajes que describen.

Los primeros siete capítulos o temas se centran en las figuras de Eva, Sara, Rebeca, Raquel y Lía, Rut y Ester; pero el séptimo, dedicado a la Santísima Virgen, es a mi parecer el más valioso. Los ocho capítulos restantes analizan algún aspecto que se puede aplicar a una de esas mujeres, a varias o a todas ellas. Los títulos son los siguientes: *esterilidad y maternidad*; *las mujeres y la salvación*; *el cántico del Cordero* (Miriam, Ana, Sara, Judit, Ester); *la ternura femenina, reflejo de la ternura de Dios*; *la violencia y las mujeres*; *las extranjeras en la Antigua Alianza*; *¿Dios tiene rostro femenino?* El último capítulo, escrito por el hermano Jean Pierre, trata de nuevo sobre la Virgen bajo el título «*un signo prodigioso*».

Como hemos dicho, es un bello libro que se lee con gusto y en el que se advierte una meditación reposada de los pasajes de la Biblia del Antiguo Testamento, pues todos los personajes son del Antiguo Testamento, excepto María, que aparece como la que enlaza lo viejo con lo nuevo, ella es la Nueva Eva.

Jaime Pujol